



# D. JUAN GUTIERRA,

6

## EL FACINEROSO DE LA MANCHA.

Relacion de los hechos y felonias cometidas en el Pinar de la Mancha, en venganza de su despreciado amor.

Como nadie ha presentado, querido lector, la historia que conservo en mi memoria de este hombre tan malvado,

A explicarla claramente al instante voy ahora, pues que la sepas es hora de la manera siguiente:

En la noble Ciudad-Real un caballero vivia que á una dama pretendia de hermosura sin igual.

El padre de esta doncella, que era allí el Corregidor, oponiase al amor que el galan tenia á ella:

Pues don Juan solo contaba  
con su trabajo y amor,  
y el señor Corregidor  
la riqueza deseaba.

—Señor, le dijo Gutierrez,  
ved que soy hombre de bien,  
que esto es un gran parabien  
y para vos cosa buena.

—Nada, jóven, lo que quiero,  
le dijo el Corregidor,  
y un poco menos de amor  
y un poco más de dinero. —

Aburrido el tal don Juan,  
del todo desesperado,  
se formó el plan endiablado  
de ser rico y no galán.

Así es que llegóse un día  
á la jóven que adoraba,  
que el vulgo diz la llamaba  
la hermosa doña María.

Y resuelto y atrevido,  
de esta manera le habló:

—Aunque bien te amó  
mi corazón tan herido,

Es preciso que me ausente  
por ver si encuentro fortuna,  
puesto que mi noble cuna  
de nada sirve al presente.

Y si es que llego á encontrar  
esas riquezas que quiero,  
¡vive Dios! que don Dinero  
hánme solo de llamar;

Por ver si entónces me dá  
ese tu padre tirano  
tu blanca y hermosa mano,  
pues en ello mi vida vá. —

La jóven triste y llorando  
porque á perder va á su amante,  
de amor toda palpitante  
le contesta suspirando:

—¡Ay, don Juan de mis amores,  
que si os vais, ya no os veré  
y aquí sola quedaré  
ajada como las flores!

El rigor de la estacion  
á ellas diz que las marchita,  
y á mi la vida me quita  
el perder tu corazón.

¡Oh, qué padre tan avaro  
me has dado, mi Dios bendito!

él toma como á delito  
sin oro, de amor el faro.

—No llores, que acaso luego  
mi amor te recobraré,  
y entónces don Juan sabrá  
qué hacer con tu padre luego.

Y adios que no puedo más  
detenerme ya á tu lado.

—¡Adios, mi don Juan amado,  
adios, con mi vida vas! —

A muy poco en la ciudad  
una noticia corria  
que afligió mucho á María  
por cuanto era la verdad.

Por muy válido corrió  
que en la venta del Pinar  
acabábase de alzar  
una partida que armó

El noble don Juan Gutierrez,  
que robaba, asesinaba,  
que mil medios empleaba  
con intencion nada buena.

Los vecinos, consternados,  
al Corregidor pedian  
que acabar ellos querian  
con la turba de malvados.

Mas dejemos un instante  
á María y su ciudad  
y veremos la verdad  
de tan vengativo amante.

Apenas se despidió  
de su adorado portento,  
firme siempre el pensamiento,  
al Pinar se dirigió.

Infórmase del ventero,  
de los malos protector,  
que le dijo:— Vos, señor,  
marchad por ese sendero,

Que os llevará á un gran barranco  
donde una cueva hallareis,  
y al preguntaros, direis  
que vais á servir al Manco.

Aquesta es la contraseña  
que su banda tiene hoy:  
id, que os juro por quien soy,  
que hareis carrera en ella. —

Con efecto, el tal amante  
siguió el camino indicado,  
y á muy poco hubo llegado,  
donde halló tanto bergante;

Que es imposible pintar  
tan negras caricaturas,  
pues sus horribles figuras  
lograrian asustar

Aun al Cid Campeador.  
El que menos, escapado  
de presidio y procesado  
seis veces por matador.

En fin, el noble don Juan  
al Manco se presentó,  
que al punto le recibió  
como jefe, con afán.

Y al cabo de pocos días  
llegó á alcanzar tal renombre,  
que proclamaban su nombre  
por sus grandes felonías.

Por entónces aconteció  
que una larga batida  
en que peligró su vida,  
el jefe Manco murió.

Al punto, pues, aclamaron  
por valiente capitán  
al invencible don Juan,  
á quien su jefe nombraron.

Al verse halagado así  
y dueño de tanto bandido,  
se dijo:—Logré el fin mio,  
pues ya puedo obrar por mi.—

Y con efecto, dispuso  
las cosas de cierto modo,  
que al cabo logró del todo  
los fines que se propuso.

No pasaba un caminante  
por la carretera real  
que el jóven de Ciudad-Real  
no le asaltara al instante.

Limpios como una patena  
en el punto los dejaba,  
y á veces aún aumentaba,  
segun la gente, la pena.

Pues con proceder tan innoble  
los llevaba á su guarida,  
y allí, so pena la vida,  
cantidad pedía doble.

Si es que no se le entregaba,  
(horror me dá este relato),  
les daba muy duro trato  
y á una escarpia los colgaba.

Allí esperaban á pausas  
entre suspiros y llantos,

y acababan sus quebrantos  
cuando acababan sus causas.

Cuando las fieras venian,  
daban de ellos cuenta buena,  
y los suyos á Gutierra  
respetaban y temian.

Si alguna vez atrapaban  
alguna mujer hermosa,  
de verla triste y llorosa,  
los suyos y él se gozaban.

Y á todas estas razones  
aumentaba el numerario  
de este galán sanguinario  
con plata y oro á montones.

Jamás podian hallarle  
por más que le perseguian,  
ni á ninguno le cogian,  
ni lograban á él matarle.

Y aún hay quien diz que llegó  
á tanto ya su osadía,  
que iba á ver su María  
en la ciudad que habitó.

Y aún escribía á menudo  
al Corregidor avaro,  
diciéndole, claro, claro,  
que él la culpa tuvo.

Así es que el pobre señor  
al diablo vivo se daba  
y maldiciones se echaba  
con rabia y con gran furor.

Pero como el crimen nunca,  
por fortuna es duradero,  
porque hay un Dios verdadero  
que con firmeza le trunca,

Resultó que un día, pues,  
que de la corte llegó  
un refuerzo, meneó  
el Corregidor los piés:

Y asaz hostigado allí  
por el audaz paisanaje,  
dispuso al punto el viaje  
y al Pinar marchóse así.

Como cien hombres irian,  
que, con buen órden dispuestos,  
colocados en sus puestos,  
la victoria pretendian.

Dióse por fin la señal,  
mas como siempre, atrevido,  
dió lugar allí el bandido  
á una batalla campal.

Cual costumbre, heroicidades  
hizo el leon del Pinar,  
así logrando aumentar  
sus muchas atrocidades.

Pero al fin, bala divina  
en el pecho se le entró,  
que al suelo le derribó  
y por poco pierde la vida.

Los suyos, viéndole así,  
(los pocos que le quedaron),  
cual pudieron se escaparon  
y él solo quedóse allí.

Entónces los vencedores  
al bandido aprisionaron  
y á su guarida se entraron,  
donde vieron mil horrores.

De las víctimas hallaron  
aún los restos repugnantes  
y piltrafas humeantes  
que al furor sacrificaron.

Y un tesoro colosal  
que con don Juan, ya vendido,  
le llevaron custodiado  
á la noble Ciudad-Real.

Toda la comarca entera,  
al verle entrar, se agolpaba  
mientras María lloraba  
su desdicha verdadera.

Unos á otros se decian  
que aquel hombre no pagaba  
(y el vulgo bien razonaba)  
á los que por él sufrían.

Así es que hacerle pedazos  
logradó todos hubieran  
si es que no le defendieran  
los soldados de Lampazos.

Le encarcelaron al fin,  
y el tesoro repartieron  
entre los que mas sufrieron  
por aquel hombre ruin.

Y con presteza sobrada  
la causa allí le formaron,  
y á muerte le sentenciaron,  
que de todos fué aprobada.

Mas cuando á él se le leyera  
la sentencia, contestó:  
—No tendreis el gozo, no,  
de que á vuestras manos muera. —

El Corregidor, pasmado,  
le dijo:—¿Cómo, bandido?...  
¿piensa que ya has concluido!  
—Pero no me habeis matado. —

Con efecto en la capilla  
al fraile le suplicara  
que descansar le dejara  
por solo una media horilla.

El fraile se lo otorgó;  
mas vuelve y le dice:—Hermano,  
á morir como cristiano,  
que la hora ya llegó. —

Pero don Juan Gutierrez  
acababa de cumplir  
lo que les llegó á decir:  
su alma salió de pena.

Se habia abierto la herida  
y dejado desangrar.  
Así se llegó á acabar  
su existencia corrompida.

A María la mató  
este pesar no esperado,  
y su padre, escarmentado,  
más las riquezas no amó.

FIN.

SLPC. Biblioteca d'Olot



1035097708

*Se hallará de venta en casa los sucesores de Antonio Bosch, Bou de la Plaza Nueva, 13.*

Imprenta de los Sucesores de N. Ramirez y C.<sup>a</sup>, pasaje Escudillers, 4.—1878.

0512-69560